LOS GRANDES PEDAGOGOS

Augusto Herman Francke

El humanismo, la mística alemana, el naturalismo científico de los italianos, el empirismo inglés y los albores del racionalismo en Francia, sucediéndose en dominios de no muy diferenciada duración, señalaron durante los dos primeros siglos de la Edad Moderna, el XVI y el XVII, la marcha hacia la Revolución del 89 haciendo del período uno de los más pródigos de la historia para las transformaciones del pensamiento.

En el último cuarto del siglo XVII, dentro del Protestantismo Alemán y en franca y abierta oposición a la ortodoxia de regidez dogmática y a la lucha teológica que multiplicaba las sectas como enemigo a la vez, del sometimiento de la religión al estado, nació un movimiento notable en su parecido con las doctrinas de Jansenio: el Pietismo.

Propiciaba el retorno a la religiosidad primitiva, al culto de la vida interior y al ascetismo. Comprendía en la fe la doble forma de la caridad, el amor a Dios y el amor al prójimo, buscando así la realización de “un cristianismo vivo” fundado en la conformidad de la conducta con el pensamiento.

Las bondades del Pietismo no tardaron mucho en desvirtuarse haciendo que sus adeptos cayeran en la exageración y se sumieran en una vida conventual que desterró la práctica de las más ingenuas divisiones, desde la danza hasta la música, condenadas por considerárselas pecaminosas.

Los “Collegia Pietatis” —Escuelas de Piedad o Escuelas Piadosas— surgidos del movimiento fueron verdaderos conventos, regidos por las normas más severas y rigurosas, de donde salieron no pocos exaltados.

El error capital del Pietismo consistió en no saber apreciar el mandato de Cristo “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Olvidó al César y entregó todo a Dios, inclusive la ciencia y el estado.
El fundador de la nueva tendencia y de las "Escuelas Piadosas" fué Spener, Felipe Jacobo, quien creó también los "Collegia Philo-biblica", destinados al estudio de las Sagradas Escrituras, disciplina que, a partir de él, se introdujo en muchos planes de enseñanza. Pero quien a la verdad confirió toda su significación al Pietismo, haciéndolo posible su influencia en la educación, no fué Spener sino Augusto Herman Francke, que protegido por el gobierno de Prusia pudo hacer de la universidad de Halle la piedra fundamental del movimiento.

Francke nació en Lubeck, ciudad de la Hansa, en 1663, ya finalizada la guerra de los Treinta Años. Huérfano de padre, recibió las primeras lecciones de maestros particulares y de parientes cercanos que completaron su educación con enseñanzas tomadas de la Biblia y del "Orbis Pictus", de Comenio, y, años antes de iniciar los estudios universitarios, que cursó en Erfurt y Kiel, se dió al aprendizaje de las lenguas clásicas sin descuidar por ello el francés y el inglés que también fueron de su dominio.

En 1684, desempeñándose como profesor extraordinario en la universidad de Leipzig, Francke dictó un curso de exégesis del Antiguo y del Nuevo Testamento, curso que vino a unirlo a Spener, a la sazón primer predicador de la corte de Dresde. A pesar de su religiosidad sus ideas se afianzaron recién después de salvar las dudas que le suscitara el cotejo de la Biblia con el Talmud y el Corán, hacia el fin del año 1687 en el que Francke abandonó la universidad para permanecer durante un año entregado a la fundación y a la atención de una escuela de primera infancia en Hamburgo.

Pasada la crisis religiosa había adquirido la convicción de que era necesaria una renovación del espíritu de los hombres, renovación que debía iniciarse en los niños. No llegó a advertir que esa transformación se había operado en él a los veinte años y como resultado de una evolución operada naturalmente sin intervención de otras personas. Esta inadvertencia hizo que su primer ensayo docente fracasara necesariamente y que tuviese que abandonar la actividad emprendida para dedicarse al ministerio religioso como pastor de una iglesia de Erfurt. También aquí le alcanzó la desgracia: acusado de herejía ante el elector de Maguncia, al poco tiempo fué separado de la parroquia.

La influencia de Spener en la corte de Federico de Brandeburgo le procuró el apoyo de este príncipe haciéndole obtener un nuevo ministerio en Halle y el cargo de profesor en la universidad que se fundó en esa ciudad para impulsar los estudios teológicos.

En Halle volvió a encontrarse con un antiguo compañero, Tho-
masius. Habían sido colegas en Leipzig y por el mismo tiempo fueron condenado por sus ideas contrarias al escolasticismo reinante. Aunque fundados en principios completamente distintos —Thomasius representaba una tendencia naturalista y Francke una concepción antimundana— sus comunes aspiraciones hacía lo práctico y lo útil en contra de lo teórico y la oposición al sistema escolar humanista los habían unido en la separación de los cargos y en el nuevo destino.

En Halle también se decidió su vida sentimental al casarse con Ana Magdalena de Wurm, la que no poca ayuda le significó en la re-generación de su parroquia, caracterizada por la abundancia de tabernas y salas de diversión.

Cumplida en gran parte la obra, retornó Francke a su antigua idea de asegurar el imperio de la moralidad comenzando por la edu-cación de los niños y acometió incansable la enseñanza infantil. Re-unió en sus lecciones a los pequeños mendigos y atendió en la posibi-lidad de sus medios a su socorro y a su subsistencia conquistando en poco tiempo tal fama que muchas familias pudientes recurrieron a él en procura de educación para sus hijos.

Con las limosnas y las módicas retribuciones que percibiera por sus lecciones Francke amplió la obra iniciada con tanta humildad y modestia. Creó un establecimiento para los alumnos ricos y nobles —el régimen social de la época lo obligó a así hacerlo— y abrió otros dos, destinados a la educación de los pobres y de los huérfanos. En 1698, convencido de la utilidad de los internados y contando con la cooperación de sus admiradores, inició la construcción de un gran hos-picio a la que siguió la de otros institutos entre los que se contaron una librería y una farmacia. En pocos años sus establecimientos —sus fundaciones, como las llamaron los alemanes— llegaron a reunir más de seisientos alumnos y en el momento de su muerte sumaban casi cinco millares los niños y jóvenes que recibían los beneficios de su empresa.

Cabe destacar como una característica de la obra de este gran maestro que, contrariamente a lo acontecido con las creaciones de otros educadores, sus constantes progresos no se debieron a sucesivas im-provisaciones sino al cumplimiento de un plan llevado a cabo orgáni-ca y metódicamente.

La “Escuela Alemana”, nacida de la primitiva escuela para niños mendigos, comprendía dos secciones, la de los pobres y la de los nobles. En ambas se dedicaban siete horas a la enseñanza elemental y cuatro a la instrucción religiosa. Merece destacarse que la Biblia era el texto que se utilizaba para la enseñanza de la lectura y la escri-
tura y que las oraciones cotidianas insumían una hora de tiempo. Con especial cuidado se atendía a la enseñanza de la escritura, la redacción de cartas y al estudio de los documentos comerciales.

Tanto en ellas como en el Orfelinato, se dictaban clases de canto religioso y se facilitaba el aprendizaje de diversos oficios. Entre los varones —los establecimientos eran mixtos— la mayoría se hacían artesanos y los restantes eran preparados ya para la carrera eclesiástica o bien para la docencia.

La severidad de la disciplina de estas escuelas hacía frecuente el empleo de los castigos. El criterio pietista partía del principio según el cual la maldad humana debía ser necesariamente domenizada mediante la violencia. A tal punto se erraba en este sentido que, recibido el castigo, el alumno debía agradecerlo a quien se lo propinaba acompañando su agradecimiento con la promesa de la corrección. Exceptuado el asueto de los domingos y los días festivos, los niños no gozaban de vacaciones aunque periodicamente realizaban paseos en los cuales, lejos de hallar motivos de distracción y de esparcimiento, recibían lecciones prácticas de sus maestros. El baño, los ejercicios sobre el hielo y los juegos (!) eran considerados vanidades y por lo tanto estaban prohibidos. "Los escolares —escribió Francke— deben encontrar su verdadera alegría y el más dulce placer en la contemplación del Salvador".

En cuanto a la educación física, se consideraban más que suficientes para el perfecto desarrollo de los alumnos la práctica de largas caminatas y los trabajos que los niños realizaban en las granjas y en los jardines de los institutos.

A la "Escuela Alemana" Francke añadió la "Escuela Latina", creando de esta manera un especie de escuela secundaria en la que adquirió notable vigor la enseñanza de las lenguas clásicas. con la particularidad de que los autores sagrados sustituyeron a los grandes representantes de la literatura griega y latina en los temas de estudio, y en la que, por otra parte, se introdujo la enseñanza de la geografía, la historia, las matemáticas, y de las nociones de anatomía, amén de la música y del dibujo.

Las clases, que eran verdaderas conversaciones entre los profesores y los alumnos, se ilustraban de la mejor manera posible. En esto Francke se asemejaba mucho a Comenio. En la "Breve y sencilla enseñanza de cómo deben ser iniciados los niños en la verdadera piedad e idoneidad cristiana", obra que resume sus ideas pedagógicas, Francke se mostró enemigo de la enseñanza memorista, recomendaba la aplicación práctica de los conocimientos impartidos y exigía que, al dictar
sus clases, los profesores presentasen siempre que fuera posible ejem-
plos reales a los alumnos.

Con todo, la más original de sus creaciones fue el “Pedagogium”,
especie de academia destinada a la enseñanza superior. El núcleo prin-
cipal de los alumnos de esta institución lo componían los jóvenes ori-
rientados hacia las profesiones liberales, los que, si bien estaban dispensados
del estudio de las lenguas clásicas, debían, en cambio, entregarse al
estudio del francés y a profundizar los conocimientos adquiridos en
la “Escuela Latina” sobre las ciencias y las letras. Tal importancia
le confirió Francke al “Pedagogium” que le destinó un pabellón es-
pecial, y lo dotó de un jardín botánico, un museo de historia natural,
un gabinete de física, laboratorios de química y talleres de pintura, dibujo y modelado. Más aún, especialisimamente interesado en su perfec-
ción —el “Pedagogium” fue su debilidad—, realizó una selección de
los mejores alumnos y constituyó con ellos la “classis selecta”, cuyos
integrantes no gozaban del menor descanso, entregados de continuo al
estudio de la filosofía, de la teología, de la jurisprudencia y de la me-
dicina.

La obra de Francke no tuvo, a pesar de sus éxitos la aceptación
de todos; muchos fueron los que la combatieron, antes que nada por el
hecho de ser la creación de un pietista. A pesar de ello, sus institutos,
que lo sobrevivieron durante muchos años, fueron por largo tiempo
establecimientos modelos en Alemania y en Europa, y merecieron el
apoyo de los gobernantes, algunos de los cuales como Federico Guillen-
mo, rey de Prusia, les dispensaron la más amplia protección.

Aunque equivocado en algunos aspectos —la época y el ambiente
en que actuó explican sus errores—, Francke, maestro por sobre todas
las cosas, constituye una prueba del valor de la voluntad puesta con
inteligencia y método al servicio de un ideal: la educación y la asisten-
cia social de la infancia y de la juventud.

J. F. B.